

ERNESTO J. A. MAEDER

LA GUERRA DE FRONTERAS Y EL REFLUJO
DE LA CONQUISTA RIOPLATENSE
EN EL SIGLO XVII

SEPARATA
DEL BOLETÍN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA
VOLUMEN LX

BUENOS AIRES

1987

INCORPORACION DEL ACADEMICO DE NUMERO
DOCTOR ERNESTO J. A. MAEDER

Sesión pública de 11 de agosto de 1987

La Academia celebró en el antiguo recinto del Congreso Nacional una sesión pública, el 11 de agosto de 1987, para incorporar al Académico de Número, doctor Ernesto J. A. Maeder.

El Dr. Maeder había sido designado el 17 de junio de 1986, sitial 5, vacante del señor Guillermo Gallardo; desde el 3 de junio de 1975 representaba a la Academia como Académico Correspondiente en la provincia del Chaco.

Abrió el acto el presidente de la Academia, doctor Enrique M. Barba, quien hizo entrega al recipiendario del diploma, collar y medalla.

Luego el Académico de Número, doctor Horacio Juan Cuccorese, pronunció el discurso de recepción.

Por último el Dr. Maeder dio lectura a su conferencia de incorporación, titulada: *La guerra de fronteras y el reflujó de la conquista rioplatense en el siglo XVII.*

DISCURSO DE RECEPCION POR EL ACADEMICO DE NUMERO
DOCTOR HORACIO JUAN CUCCORESE

La Academia Nacional de la Historia está hoy de fiesta. Es porque recibe, con gran alegría, al doctor Ernesto Joaquín Antonio Maeder.

Bienvenido sea, nuestro nuevo Académico de Número. Sus pares les extienden sus manos afectuosamente, felicitándolo con la cálida emoción de la cariñosa amistad.

Señores:

¿Cuáles son los valiosos méritos del doctor Maeder para haber sido seleccionado para colaborar en el engrandecimiento de la Academia?

Pronto los recordaremos. Pero antes de recordarlos, los invito a que reflexionemos sobre los tiempos difíciles en que transcurre nuestra existencia.

Hay conciencia formada de que está en crisis nuestra historiografía. Efectivamente, así es. ¿Por qué se produjo la crisis de nuestra cultura histórica? Si examinamos las causas originarias del descenso, hemos de comprobar que la crisis cultural forma parte de una crisis de mayor trascendencia: la crisis de nuestra civilización.

El historiador inglés Hilaire Belloc, que estudió el proceso desde su génesis, nos dice, en su obra *La crisis de nuestra civilización* (1939), que:

Nuestra cultura perdió su unidad, entrando en un proceso de descomposición creciente.

¿Y cómo explica la pérdida de la unidad cultural? Es consecuencia, según Belloc, del dominio de las ciencias, sobre bienes materiales y, simultáneamente, a la pérdida de las verdades espirituales. Es decir, se ha producido un evidente desequilibrio entre la verdad materialista, promocionada, y la verdad espiritual, aislada.

Enfrentamos, pues, un problema de suma gravedad: la crisis de nuestra cultura. La decadencia preocupa a todos.

Como representantes de la Academia, hemos escuchado el mensaje de Su Santidad Juan Pablo II (Teatro Colón, 12/4/1987) a los hombres de ciencia y de la cultura. Dijo, en uno de sus párrafos:

Nos encontramos ante un progreso avasallador del conocimiento científico-tecnológico, no siempre compensado por una cultura humanística de análoga envergadura. La revolución científico-tecnológica —un fenómeno en sí eminentemente positivo— se ha desarrollado, en las últimas décadas, a la par que se ha dado, inversamente, un cierto empobrecimiento de lo que llamamos *humanidades*.

Y, naturalmente, señala el buen camino. ¿Cuál es? El de:

emprender con nuevo rigor, el cultivo de un saber humanístico que sea capaz de situar al *hombre como centro, raíz y fin de toda cultura*.

El ensayista mexicano Octavio Paz, recientemente distinguido con el premio de la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo —en que eran postulantes, además, Gabriel García Márquez, de Colombia y Mario Vargas Llosa, de Perú— ha dicho en su meditado artículo sobre *Burocracia y democracia en México* (12/7/1987):

Todos los miembros de la clase dirigente han hecho estudios superiores en las universidades de nuestro país y muchos en los grandes centros del extranjero. Como los mandarines, son una clase culta o, más bien, instruida; a diferencia de la burocracia imperial china no conocen a los clásicos ni a los poetas pero, en cambio, han estudiado economía, sociología, politicología y las otras ciencias y pseudociencias sociales.

Son severas palabras de reconvención que, aceptadas o rechazadas, merecen madura reflexión.

Ha quedado en evidencia la crisis de nuestra cultura. Y, por añadidura, es también una realidad la crisis de nuestra ciencia histórica.

Vivimos tiempos de pasiones, en los que se quiere dirigir la proa de la nave de la historia hacia desembarcaderos prefijados por la ideología política. Para nosotros, es un desatino. El historiador, que está destinado a pronunciarse

sólo por la verdad, sin prejuicios que la desvirtúen, debe poseer siempre la libertad de fijar su propio rumbo y el puerto de arribo.

- Y bien: en el agitado mar de las incertidumbres por donde están navegando los principios históricos, ¿en qué posición hallamos ubicado, según nuestro punto de mira, al doctor Maeder?

No nos apresuremos; porque, para determinarlo es necesario, previamente, recordar sus brillantes antecedentes. Son tantos, que nos obligan a hacer síntesis.

En su carrera docente universitaria ha sido:

Profesor contratado, sucesivamente, en las cátedras de:

- Introducción a la Historia.
- Historia Argentina I.
- Historia de América.
- Seminario de Metodología de la Investigación Histórica.
- Seminario de Historia Regional.

Es, en la actualidad:

- Profesor titular de Historia Argentina I, en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Nordeste.
- Investigador principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. CONICET.
- Director del "Instituto de Investigaciones Geohistóricas".
- Director de la "Revista Folia Histórica del Nordeste".

En su carrera directiva ha sido:

- Director del Departamento de Historia.
- Decano de la Facultad de Humanidades.
- Rector de la Universidad Nacional del Nordeste.

Y en su carrera pública ha sido:

- Subsecretario de Educación.
- Ministro de Educación de la provincia del Chaco.

En cuanto a su producción literaria:

- Diez libros.
- Llegan al centenar los títulos correspondientes a: artículos, monografías, notas y prólogos sobre temas históricos y educativos.

Tres de sus obras historiográficas merecen distinción especial. Ellas son:

- *La historia del Chaco y sus pueblos*

Editada por nuestra Academia en la colección "Historia Argentina Contemporánea".

Obra que obtuvo el primer premio a la producción histórica regional, otorgado por la Dirección Nacional de Cultura.

- *Evolución demográfica argentina desde 1810 hasta 1869*

Publicada por la Editorial Universitaria de Buenos Aires. EUDEBA.

- *Historia económica de Corrientes en el período virreinal. 1776-1810*

Editada por nuestra Academia en la colección "Historia Económica y Social".

Son múltiples, y valiosos, los antecedentes curriculares del doctor Maeder. Ante su conocimiento, incluyendo el pormenorizado, ¿en qué posición debemos ubicar al docto historiador dentro de nuestra historiografía? Mantengamos el suspenso. ¿Por qué? Puesto que todavía se requiere, para poder hacer la calificación final, ofrecer reflexiones trascendentales sobre la actualidad histórica.

Hoy se cree que para ser un buen historiador moderno se debe pertenecer a la "escuela de los annales", o la "escuela del materialismo histórico" o la "escuela estructuralista", o la "escuela cuantitativista", o la "escuela de Berkeley". Es decir, el historiador de la llamada, generalizando, "nueva historia", tiene que ser un científico especializado en distintas disciplinas. Demos un ejemplo significativo. Ernest Labrousse expresaba, en 1970, que si la historia quiere ser verdaderamente ciencia debe estudiar —dice— "las repeticiones de las concomitancias". Y, con tal fin, corresponde: enumerar, pesar, medir, introducir la cuantificación, la matemática, el coeficiente, la ecuación, el modelo, la estadística, el cálculo, el diagrama, la curva y la utilización de computadoras.

Casi nos atreveríamos a decir: que se le da mayor importancia a la metodología, que es sólo un *medio*, que a la investigación del tema histórico, que es el *fin*, sea cual fuere la metodología.

No nos sorprende, pues, que se haya afirmado que en la investigación histórica se ha producido una "hinchazón de la metodología".

Actualmente, ¿qué está aconteciendo en el campo historiográfico? El desdén de los "nuevos historiadores" contra los "viejos historiadores". Y, en algunos casos; hasta con falta de la debida respetuosidad. Los entusiastas de la "nueva historia" procuran arrasar contra la "vieja historia" por considerarla arcaica, tradicional y descriptiva. Le acusan por su anticuada metodología y falta de presentación de problemas teóricos.

¿Qué acontece hoy en nuestro ambiente histórico? Que los historiadores clásicos están a la espera, todavía, de la obra maestra que publique algún representante argentino de la proclamada “nueva historia”. Por su fruto se conoce el árbol. Si llegare a ser obra historiográfica de excelencia, servirá de modelo y estímulo para las nuevas generaciones de historiadores argentinos. Hasta el momento, los novísimos críticos han errado el camino. En vez de *persuadir* sobre las bondades de la “nueva historia” ejercen la *censura* contra la “vieja historia”.

Debemos seguir ahondando en el conocimiento de la crisis de nuestra historia para poder, luego, determinar la posición historiográfica en que está colocado nuestro colega Maeder. Todo a su debido tiempo.

A partir de la “escuela de los annales”, ¿cuál es la nueva realidad en el campo de la investigación? Los historiadores ya no están solos en el cultivo de la historia. Les acompañan en la investigación los economistas, sociólogos, filósofos, pensadores y ensayistas. ¡Aleluyas!, por la buena compañía. Siempre y cuando se dediquen a la historia como *fin*, y no como un *medio* más para tratar de dar forma orgánica a la disciplina, generalizadora, de las Ciencias Sociales.

Estemos muy atentos. Lo que está en discusión en estos momentos por encima de la teoría histórica y de la metodología histórica es *el objeto de la historia*. Se proclama su variación. Presentemos un ejemplo comprensivo.

Jorge L. García Venturini propone, en su *Filosofía de la Historia* (1972) la siguiente concepción historiográfica:

La historia no es lo que ha pasado, sino lo que nos ha pasado, y sólo una vertical e implacable reflexión sobre la misma permitirá comprender lo que nos está pasando y aun lo que nos pasará, pues nuestra búsqueda no oculta una dimensión profética.

Es decir, se trata de profetizar sobre la base de los conocimientos históricos. Posición, sin duda, religiosa. Basta leer, para comprobarlo, los *Libros Proféticos de la Sagrada Biblia*.

¿Y cuál es el sentido manifiesto de los actuales historiadores marxistas, dialécticos, representantes de la —debemos llamarla— “novísima historia”? Profetizar, pero con sentido materialista, antireligioso, lo que vendrá. La historia no es, pues, un *fin* sino un *medio* destinado a convencer, formar consciencia, del cambio social.

Retornemos a la “nueva historia”. Marc Bloch y Lucien Febvre fundan los *Annales* en 1929. Paulatinamente la “nueva escuela” va creciendo, destacándose Fernand Braudel, hasta llegar a la cresta de la ola. Después es cultivada, con propósitos doctrinarios, por los historiadores marxistas. Con posterioridad se desliza, en bajante, para alcanzar su verdadero nivel.

¿Qué es lo que había acontecido? Toda acción arrolladora trae consigo su reacción. Veamos la nueva realidad.

Henri Irénée Marrou confiesa que su teoría histórica "es la propia de un historiador de la Antigüedad". Se declara contrario, en su obra *El conocimiento científico* (1954), a la historia científica abstracta. Manifiesta: aunque las nuevas disciplinas lleguen a ser fecundas, "no por eso suprimirán la historia nacional".

El catedrático español don Federico Suárez demuestra, cabalmente, en su obra *La historia y el método de investigación histórica* (1977), que la teoría que preconiza la "nueva historia" es una "abstracción histórica" y no "realidad histórica". Y que los métodos dialécticos, cuantitativos y la construcción de modelos desvirtuaban a la verdadera investigación histórica.

La reacción contra la "nueva escuela" va creciendo. Sus propios representantes reflexionan sobre sus alcances. La duda cartesiana los envuelve. Algunos llegan hasta el arrepentimiento. Y varían de criterio. Comienzan a enlazar la "nueva historia" con la "vieja historia". Y transitan, alborozados, por el camino del perfeccionamiento. ¿Cuál es el camino? El eterno: la historia como *fin* cultural. Bien sabemos que la cultura tiende siempre a unir, y no a dividir.

Nunca decimos nada sin comprobarlo. He aquí la prueba.

Pierre Chaunu expresa, en su obra *Historia y Decadencia* (1981):

Como la mayoría de los historiadores universitarios de este país, yo me dediqué a eso en que se insiste en llamar la *nueva historia*. . . Yo pertencí (y me mantengo fiel a los maestros de mi juventud) a la llamada escuela de *Annales* cuando la nueva historia era nueva. Simplemente pretendíamos entenderlo todo. . . la economía, la técnica, la producción, los intercambios, la sociedad civil y sus tensiones, ir más allá de la política. . . Por eso propuse, hace veinte años, la historia seriada.

Escuchad bien lo que sigue, porque lo dice Chaunu, un representante indiscutido de la "nueva historia", pero no ya a impulsos de los primeros entusiasmos de la escuela histórica francesa, sino con la experiencia que da la madurez intelectual. Afirma Chaunu:

Estas discusiones de vocabulario no tienen mucho sentido hoy. Por dos razones. Hemos redescubierto el valor de la Historia en el sentido de antaño.

Mucha atención a estas palabras: *Hemos redescubierto el valor de la Historia en el sentido de antaño*. Y prosigue:

Cuando proponíamos no quedarnos en el relato, o sea superarlo, no pretendíamos excluirlo. Basta mirar más allá de las fronteras de la civilización hipertécnica de matriz europea, judeo-cristiana, para darse cuenta de que el relato, la Historia en el sentido más estricto de la sucesión de los momentos. . . la ordenación en el tiempo, constituyen el rasgo característico que se incorpora al patrimonio de nuestra cultura (*al patrimonio de nuestra cultura*). El modo como una caricatura de la nueva historia traicionada (*la "nueva historia" traicionada*) ha colonizado la enseñanza secundaria, a través de manuales débiles y maestros incultos (*maestros incultos*), conduce a un desastre que el cuerpo social, unánime, constata y deplora hoy. La nueva historia es heredera de la antigua y supone su existencia.

Comprendamos que Chaunu clama por una historia con fines culturales. Una de las formas, entre tantas, de salir de la decadencia para volver al apogeo.

Contemplada la situación crítica de la historia cultural, ¿en qué posición historiográfica ubicamos al investigador Maeder?

El doctor Maeder es, a nuestro entender, un intelectual ecléctico muy inteligente. En virtud de su espíritu crítico, no se entusiasma, a primera vista, de las escuelas históricas de moda. Con perspicacia sabe meditar para aceptar todo lo bueno y rechazar lo malo, en su quehacer vocacional de descubrir sólo la verdad.

Maeder respeta la historia clásica, tradicional, descriptiva. Y también, pero con la debida precaución, a la "historia nueva".

Como todos los especialistas en historia económica reconoce los aportes fundamentales de, por ejemplo, Marx Weber, Sombart, Fanfani, Samuelson, Schumpeter, Vito, Stonier y Hage, y, últimamente, el de Gabriel Tortella en su oportuna obra *Introducción a la economía para historiadores* (primera edición, 1986; segunda, 1987).

Nos permitimos hacer una reflexión. Los investigadores de la historia económica confiesan, con humildad, que sólo quieren ser historiadores, y no economistas. Porque, para ellos, la historia es la esencia y la economía la circunstancia. Por lo tanto, no confunden, a pesar de las concomitancias, la historia económica con: la teoría económica, la política económica, la estructura económica, la hacienda pública y la historia del pensamiento económico.

Los historiadores económicos investigan tanto la historia cualitativa como la historia cuantitativa. Pero en cuanto a la creciente cuantificación de la investigación histórica, basada en la estadística, los historiadores tratan de ser prudentes, cautelosos. Porque hasta el metodólogo Jerzy Topolsky advierte que:

había algunos miedos justificados ante una deshumanización de la historia (*Metodología de la historia*, 1973, p. 376).

Por lo tanto, corresponde tener atenta prevención crítica cuando se nos ofrecen conclusiones simbólicas sobre metrología histórica y de la Historia econométrica o Cliometría.

Los historiadores formados en las humanidades clásicas sitúan al hombre como centro de la historia. Los historiadores de las ciencias sociales ubican en el centro a la economía, o a la sociedad masificada. ¿Significado? Es la despersonalización de la historia.

¿Qué es lo que está aconteciendo en las investigaciones históricas? Que los historiadores clásicos no están convencidos, todavía, del verdadero valor de los nuevos descubrimientos metodológicos de Wiltold Kula, Jerzy Topolsky, Ciro Flamarión, S. Cardozo y Héctor Pérez Brignoni, Jean Marczewky, Pierre Vilar, Manuel Tuñón Lara, etcétera. ¿Y cuál es la razón primaria de la descon-

fianza? En primer lugar, porque los nuevos metodólogos tienen la debilidad de complicarlo todo. Y muy bien sabemos, que la verdad, incluyendo naturalmente la verdad histórica, es comprensivamente simple, pura y clara como agua que surge del manantial. Los metodólogos crean problemas teóricos, a veces innecesarios. Preguntamos: ¿esos problemas teóricos son realidades históricas? Como espejos, ¿reflejan las imágenes de la verdad histórica? Nuestras dudas aumentan en progresión geométrica.

Lo que sabemos, con verdadera certeza, es que la nueva metodología de la investigación histórica es cultivada solamente, al menos por el momento, por una selecta minoría dirigente. Y más todavía, sabemos también que la nueva metodología no contribuye, para nada, a formar conciencia histórica cultural.

Estamos, ahora, en condiciones óptimas para entrar a fijar, definitivamente, la ubicación del investigador e historiador doctor Ernesto J. A. Maeder como especialista en historia económica.

En nuestro ambiente histórico, Maeder es continuador de la "nueva escuela histórica argentina". Denominada así por Juan Agustín García en 1916. Sus representantes más conspicuos fueron, en nuestra Academia, Ricardo Levene y Emilio Ravignani; y fuera de ella, Rómulo D. Carbia y Diego Luis Molinari.

Y de acuerdo a las normas que se vienen proclamando en el ambiente histórico europeo, Maeder es, a su vez, representante de la nueva historia. La proclamada por Chaunu, cuando dice: *la "nueva historia" es heredera de la "antigua historia" y supone su existencia.*

El doctor Maeder es un notable investigador de la historia regional. Con buen decir, hace comprensible la génesis y el desarrollo socioeconómico del Nordeste.

Volvamos a reflexionar. La obra historiográfica regional, que nos ofrece el doctor Maeder, aunadas con otras valiosas obras regionales, están revalorizando a la historia argentina. Es un nuevo contemplar histórico. Ya no desde el puerto de Buenos Aires hacia el Interior, sino desde dentro hacia la poderosa Buenos Aires. ¡Qué perspectiva tan distinta! Es tan loable la labor que están realizando los investigadores regionales que permitirá, a su debido tiempo, la concepción integradora de una nueva síntesis de la historia argentina.

La Historia económica de Corrientes en el período virreinal. 1776-1810 es, hasta ahora, la mejor de las obras historiográficas de Maeder.

Es un aporte original que trata, en síntesis, la fundación de la ciudad, la instalación de las misiones guaraníes, la expansión de las fronteras, la organización y el poblamiento de la campaña, la producción ganadera, agrícola y artesanal, el transporte, el comercio y la real hacienda.

La construcción de la obra tiene como base la utilización de fuentes inéditas y editadas. Se sustenta, asimismo, en seleccionadas fuentes cuantitativas e ilustraciones que clarifican la narración.



INCORPORACION DEL ACADEMICO DE NUMERO, Dr. ERNESTO J. A. MAEDER

(De izq. a der.: académico de número, Dr. Horacio J. Cuccorese; presidente de la Academia nacional de medicina, Dr. Virgilio G. Foglia; presidente de la Academia, Dr. Enrique M. Barba; vicepresidente 1º, Dr. Ricardo Zorraquín Becú y el orador, académico de número, Dr. Ernesto J. A. Maeder, quien pronuncia su conferencia de incorporación).



En fin, una obra maestra que, por serlo, es modelo en su género.

Concluyamos.

Doctor Ernesto J. A. Maeder:

La Academia Nacional de la Historia lo recibe con los brazos abiertos.

Vuestra incorporación, merecidísima, significa entrar a formar parte de una comunidad académica que trabaja con el ideal del orden constructivo.

En la Academia conviven varios historiadores, cada uno especializado en su campo de acción. La realidad muestra que es: una unidad en la diversidad. Indisoluble unidad, en la que no se hace sentir la diversidad de personalidades, cada uno con sus propias ideas y creencias. Resulta admirable el respeto que se profesan los académicos. Porque la Academia Nacional de la Historia es un lugar de encuentros, y no de desencuentros. Es comparable a un campo de tierra fértil, bien irrigado, en que los sembradores esparcen sus granos con el buen propósito de cosechar sabrosos frutos. Cada labrador trabaja su propio cultivo. Todos son productores, y nunca destructores, como en otros lares. Viven con la esperanza de ver crecer las espigas, acariciadas por la brisa y el sol primaveral. Y ansían saborear el pan substancial.

Nuestro estimado nuevo colega:

No dudamos que trabajaréis muy cómodo en la Academia. Y que vos mismo, como Académico e Investigador, nos ofreceréis una buena cosecha personal.

Esperamos, ahora, vuestra palabra. La voz de un Académico de Número, en un ambiente de solidaridad, significa gozar de un momento propicio de felicidad.

PALABRAS PRELIMINARES DEL DOCTOR ERNESTO J. A. MAEDER

En primer lugar, deseo expresar al señor presidente y en su nombre a todos los miembros de número, que aprecio en toda su dimensión esta incorporación a la Academia Nacional de la Historia que me honra de modo sobresaliente.

Debo decir además, que experimento sentimientos de gratitud y de responsabilidad. El sentirme acogido en esta casa ilustre, junto a hombres que han sido mis maestros en la cátedra o en el libro, constituye una satisfacción muy grande, que me enorgullece y estimula.

Al mismo tiempo, este gesto me indica también la responsabilidad que contraigo. Esa responsabilidad no es sencilla ni meramente honorífica. Tiene

una dimensión personal y también corporativa. Por una parte, supone mayores exigencias en la labor docente y de investigación que ha sido siempre mi actividad primordial; discernimiento frente a los problemas históricos planteados, rigor en la resolución de los mismos y disponibilidad para comunicar sus resultados con ecuanimidad.

Pero, por encima de lo personal, ello nos obliga también a contribuir colectivamente a la obra de un cuerpo académico como este. Cuando surgieron las academias había en el país pocas instituciones dedicadas a estos estudios. Hoy, esos organismos se han multiplicado en el ámbito universitario y en el mundo científico. La responsabilidad académica por ello mismo, se torna cada vez más acuciante, e integrar la Academia, supone también asumir esa tarea corporativa y contribuir a sostenerla en la medida de cada uno. De ahí que el peso de estos cordones con que hoy se nos inviste, sea mayor que el halago indudable que ellos proporcionan.

Deseo agradecer también las generosas palabras de bienvenida del doctor Horacio Cuccorese, dictadas sin duda más por su bondad y discreción, que por el escrutinio severo de la obra realizada. El como otros señores académicos que me honran con su amistad, han hecho posible que mi vinculación con este cuerpo desde casi veinte años atrás haya sido siempre fecunda y sirviera para anudar lazos entrañables de afecto, de colaboración, de enseñanza y de trabajo, que nos han enriquecido y que nos obligan a la gratitud.

Como es tradición y como lo merecen quienes nos antecedieron, deseo dedicar unas palabras de recordación a don Guillermo Gallardo, quien ocupara anteriormente el sillón académico que hoy se me ha asignado. Don Guillermo unía a su hombría de bien una fina cultura, un trato afable y una honda percepción del pasado.

Lo conocí de muchacho en el viejo Colegio Nacional Rivadavia de la calle San Juan, cuando cursaba el bachillerato. Y lo reencontré mucho después en la Junta de Historia Eclesiástica que presidió por largos años, y en el Archivo General de la Nación cuya dirección ejerció por más de un lustro.

Tanto en la cátedra como en sus conferencias, Guillermo Gallardo enseñó siempre con fervor e idoneidad, uniendo el conocimiento con el buen decir, el comentario oportuno y la elevación de miras. En sus libros, supo examinar con profundidad los complejos problemas ideológicos de la política religiosa rivadaviana, como seguir las escuelas musicales del Buenos Aires decimonónico; evocar la gestión presidencial de Marcelo de Alvear, de agentes diplomáticos como Joel Poinsett, o de próceres consagrados como Belgrano, Saavedra o Mitre. En monografías eruditas estudió la historia eclesiástica argentina, la vida en la frontera pampa, la universidad bonaerense y tantos otros. En el prólogo a las *Memorias* de su padre el Dr. Angel Gallardo, que fuera sabio eminente y destacado hombre público, don Guillermo desliza al pasar algunos recuerdos de su formación intelectual. Ellos nos lo muestran como colaborador infati-

gable de los estudios entomológicos de su padre, desarrollando allí las cualidades de observación, dedicación y rigor que caracterizan toda labor científica cumplida con probidad.

Esas virtudes, ejercitadas en su labor docente y en la investigación histórica, merecieron que la Academia lo incorporara a su seno en 1962. Desde allí, desde este mismo sitio en que ahora me toca sucederle, prosiguió su estudio, enseñando y alentando a quienes cultivaban con desinterés la historia patria. Su figura encorvada por el peso de los años, su gesto bondadoso y su señorío han quedado grabados en el recuerdo de todos los que han valorado su obra y conocido su afecto y su generosidad.

LA GUERRA DE FRONTERAS Y EL REFLUJO DE LA CONQUISTA RIOPLATENSE EN EL SIGLO XVII

ERNESTO J. A. MAEDER

La conquista española en la Cuenca del Plata tuvo un desarrollo creciente a lo largo del siglo XVI. Por la energía desplegada, las ciudades fundadas y los caminos abiertos se habían consolidado y parecía que sólo quedaba para los herederos de la hazaña épica, el disfrute y la ampliación del patrimonio recibido.

Pero la realidad fue muy distinta. A partir de 1630 se advierte un generalizado y por momentos, dramático retroceso de la conquista. Ese reflujo tuvo su origen en la guerra de fronteras que se desató entre los pueblos aborígenes marginales y la sociedad colonial instalada frente a ellos. Fue este un proceso secular que la desangró, y provocó pérdidas territoriales importantes y le acarrió un largo estancamiento del que sólo se sobrepuso a partir del segundo tercio del siglo XVIII.

El problema planteado se gestó ante el mutuo rechazo de las formas de vida, tan distintas culturalmente, de ambas sociedades. Tuvo además una larga duración y alcanzó dimensiones espaciales muy vastas. Este conflicto no debiera sorprendernos. Braudel recuerda que frecuentemente se ha supuesto que las civilizaciones mantuvieron contactos periféricos con libertad de elección, cuando por lo general, sus relaciones han sido violentas y trágicas¹.

Esto es lo que ocurrió en el área rioplatense. Los conquistadores que en la segunda mitad del siglo XVI ocuparon el Tucumán, las tierras cuyanas, el Paraguay y el Guayrá y las márgenes del Paraná, fueron muy pocos. Pero en breve plazo lograron dominar a una parte de los aborígenes, organizar con ellos la producción y un sistema elemental de comunicaciones entre sus centros poblados. Una estructura política dotó a las provincias de sus autoridades, en dependencia jerárquica de los virreyes de Lima y los tribunales de Charcas.

Esa primera instalación en el espacio rioplatense entró en crisis durante el siglo XVII. Fue una crisis de frontera, agudizada por la falta de gente para mantener incólume un territorio tan vasto, apremiados ante las reacciones de los pueblos de la periferia. Estas naciones aborígenes pronto adquirieron del conquistador sus tácticas de guerra, perdieron el temor reverencial ante el mismo y comenzaron a presionar, haciendo valer su número y el temple guerrero que impregnaba sus culturas.

¹ FERNAND BRAUDEL, *Las civilizaciones actuales. Estudios de historia económica y social*, Madrid, Tecnos, 1978.

La sociedad colonial, que había adquirido un rápido aunque tenue dominio de un espacio superior a sus fuerzas, se crispó y se contrajo territorialmente, empujada por la presión ejercida sobre sus fronteras. A partir del segundo tercio del siglo XVII, se puede observar un amplio repliegue en todos los frentes de la cuenca rioplatense, así como también la afirmación de una voluntad manifiesta de la sociedad colonial criolla y mestiza por retener el núcleo de lo conquistado. Este proceso continuó a lo largo del siglo y perdura con vigor a principios del siglo XVIII en ciertas áreas críticas.

Pese al predominio del tema militar, este siglo de hierro carece de crónicas épicas al estilo de las nacidas en la conquista. El tono empleado en las relaciones, en las cartas anuas o en los testimonios de cabildos y gobernantes es más opaco y la prosa generalmente resulta árida frente al estilo cautivante y entusiasta de los *Comentarios*, la *Vera historia* o las *Argentinas*. Pero por otra parte, esa misma atonía historiográfica pone de manifiesto que la defensa de las fronteras y la guerra con el indio se había convertido ya en algo cotidiano e inevitable en la vida de las poblaciones hispanoamericanas.

A la correspondencia y los alegatos, los expedientes y disposiciones de gobierno que en gran número colman los archivos y que han servido al historiador para conocer la vida de la sociedad colonial, hace falta añadir hoy la perspectiva que brindan a este tema la etnohistoria y la demografía para comprender también las motivaciones y el comportamiento del mundo aborigen que se le enfrenta. Ambas sociedades, letrada una y ágrafa la otra, requieren por la misma naturaleza de sus culturas y testimonios, la complementación fecunda de estas disciplinas, que abren a la historia nuevas posibilidades y enriquecen la visión tradicional de estos sucesos.

Por otra parte, la comparación de este proceso con ámbitos de conflicto coetáneos, tal como se dio en la secular guerra de Arauco en Chile, o en la frontera de los chiriguano en el Alto Perú, indican que lo ocurrido en la cuenca rioplatense guarda analogías y también diferencias que no siempre han sido tomadas en cuenta en nuestra historiografía.

El conflicto, como queda dicho, estuvo protagonizado por la sociedad colonial y los pueblos aborígenes marginados. Llamamos aquí sociedad colonial a la que se constituyó luego de la conquista en nuestro territorio y que estuvo formada por los españoles y su descendencia de criollos y mestizos, y que contó con apoyo más o menos abundante de indios tributarios, y en menor escala de esclavos de color. Sus núcleos fueron las ciudades, con las que se constituyeron el corregimiento de Cuyo (1561) y las provincias del Tucumán (1563) y del Río de la Plata (1593). Esta última, dividida en 1617, dió lugar a las jurisdicciones del Paraguay y de Buenos Aires.

A su vez, el mundo aborigen de entonces distaba de ser uniforme. Además de las diferencias étnicas y culturales de sus pueblos, la conquista española y la acción misional había compartimentado esa población en tres sectores bien diferenciados. Por una parte, los indios sometidos y repartidos en encomiendas;

por otra, las misiones de guaraníes, que por sus dimensiones, homogeneidad y relativo aislamiento conformaron un ámbito propio. Y por fin, los pueblos marginales, que no fueron sometidos durante la conquista. Con estos últimos es que se enfrentará la sociedad colonial en su secular lucha fronteriza.

1. *Distribución espacial de la conquista*

La ubicación de las ciudades y la toponimia surgida en su ámbito de influencia, muestran en los mapas de época las áreas conquistadas y lo que quedaba fuera de su alcance. La instalación de esas ciudades respondió a razones estratégicas, o a la proximidad de pueblos aborígenes establecidos allí antes de la llegada de los españoles. Las actas de fundación dan testimonio de esas razones y varias de ellas aluden al topónimo, la función de la ciudad o el gentilicio de los pueblos comarcanos².

En el Tucumán, las ciudades se fundaron a lo largo del camino al Alto Perú, centro administrativo y emporio minero. En Cuyo se ubicaron junto a los oasis y en el trayecto desde Chile al puerto bonaerense. En el Río de la Plata, las ciudades fueron puertos colocados en las márgenes de los grandes ríos de la cuenca y única vía practicable desde Asunción a Buenos Aires. Paraguay ensayó además la fundación de ciudades en el Guayrá, hacia la costa atlántica del Brasil, y también en dirección opuesta, para vincularse con el Tucumán y el Perú a través de los chacos austral y boreal.

Esa tenue malla de poblaciones, ocupaba islotes perdidos en medio de vastas comarcas. Sólo a través de penosos viajes terrestres o fluviales se podía quebrar el aislamiento que los rodeaba. Esos espacios incluían a los pueblos aborígenes que se sometieron inicialmente y en ellos, los conquistadores poseían también dominio territorial, sobre el cual ejercían jurisdicción.

Las dimensiones demográficas de conquistados y conquistadores también merecen tomarse en cuenta para medir adecuadamente los riesgos de aquel aislamiento. Si a principios del siglo XVII, en las áreas sujetas al control español, la relación entre éstos y sus indios oscilaba entre 1 a 5, ó 1 a 10, cabe suponer que frente a las naciones periféricas esa relación se ecentuaba todavía más, alcanzando cifras de 1 a 100 y aún a 300. Y dentro de esos datos, por fuerza conjeturales pero no infundados, hay que hacer notar que al hablar de españoles se incluye en esa denominación a la alta proporción de mestizos, que desempeñó desde fines del XVI un importantísimo papel en aquella sociedad³.

² Las actas de fundación de Córdoba, Buenos Aires y Santa Fe constituyen un buen ejemplo de ello.

³ El cálculo de la población aborigen por aquellas épocas constituye un problema aún no resuelto satisfactoriamente por los historiadores. Algunos datos coetáneos, entresacados del conjunto, sirven al menos para establecer las proporciones aludidas. Entre 1609

Minoría de minorías, el español era consciente de esa relación desfavorable y ello influyó para que viviera en constante vigilia de armas y ejerciendo duramente su dominio sobre la población sojuzgada. Población que, por otra parte, disminuirá gradualmente a lo largo del siglo, y que dejará a las ciudades en una situación aún más difícil, ante las naciones aborígenes hostiles de la periferia ⁴.

Pero, en ese mismo momento, la acción misionera de los jesuitas creaba una situación totalmente nueva en el área bonaerense y paraguaya. En el breve lapso de dos décadas (1609-1632) el establecimiento de las reducciones de guaraníes en las regiones del Paraná y Uruguay, del Iguazú y Guayrá, del Itatín y del Tapé, significará la pacificación de una enorme masa indígena no sometida antes por los conquistadores. Hacia 1630 la población guaraní reducida por los jesuitas era considerable, y el nuevo espacio ocupado por las misiones tenía dimensiones similares o mayores que el de las provincias ríoplatenses.

Frente a estas provincias, asiento de la sociedad colonial y de las nuevas misiones, se hallaban las áreas marginales entonces sin conquistar: la mayor parte de la Mesopotamia, la Banda Oriental y Río Grande, parte del Chaco, la Pampa y más al sur, la incommensurable Patagonia.

La jurisdicción sobre estas regiones era ejercida sólo nominalmente por los gobernadores, que carecían de medios para llegar hasta ellas e incorporarlas efectivamente a la corona. En ellas vivían numerosas naciones de diferentes etnias, lenguas y culturas, con economía predominantemente cazadora y recolectora, y fragmentados en tribus y bandas independientes entre sí.

Buena parte de estos pueblos participaban de un estado dinámico ya desde antes de la llegada de los españoles. En el Gran Chaco los pueblos más antiguos experimentaron desde el siglo XV la presión de otros grupos que

y 1610 en el Río de la Plata (que incluye el Paraguay de entonces), una *Memoria* anónima da 199.200 indios infieles (¿sin sus mujeres e hijos?), 8.050 indios sometidos y 500 vecinos encomenderos. A su vez, un informe del gobernador Marín Negrón cuenta 12.000 indios sometidos y 300.000 infieles. Las cifras que da el Pcial. Diego de Torres aunque incluyen Chile, indican para Paraguay, Río de la Plata y Tucumán en 1611, unos 1.160.000 infieles, 110.000 indios fieles o sometidos, y 12.000 españoles (el mismo Torres en 1610 había calculado para Chile 150.000 indios infieles y 10.000 cristianos). Aunque las cifras sean discutibles, evidencian que había un español cada 10 indios sometidos y cada 1.000 infieles. ANGEL ROSEMBLAT, *La población indígena y el mestizaje en América*, Buenos Aires, Nova, 1959, t. I, p. 260-262.

⁴ Es conocido que la población de indios de encomienda disminuyó a lo largo de todo el siglo XVII y principios del XVIII. Los traslados, las enfermedades y carencias y sobre todo, la desarticulación de su régimen de vida, contribuyeron a ello en diferente grado. EMILIO RAVIGNANI, *La población indígena de las regiones del Río de la Plata y Tucumán, en la segunda mitad del XVII*. Congreso Internacional de Americanistas (La Plata, 1932), Buenos Aires, 1934, Vol. II, p. 287-305.

arribaron a la región desde el noroeste. A ellos se agregó después la expansión incaica y la irrupción de los chiriguano desde el este. Otro tanto ocurrió en el Chaco austral, donde se produjeron desplazamientos y presiones similares sobre los nativos originarios. Esto significó a veces intercambios o relaciones de dependencia, como se dio entre los chanés y los chiriguano; mataraés y guaycurúes, o más frecuentemente luchas por el uso de los cotos de caza, ríos y lagunas de pesca o algarrobales. En suma, conflictos por la subsistencia y el control del espacio.

El caso de los chaquenses guaycurúes y los guaraníes, es sin duda un buen ejemplo que atestigüa esos problemas y la relación hostil que prevalecía entre esos pueblos antes de la conquista. El nombre guaycurú es precisamente un apelativo puesto por los guaraníes a las tribus guerreras del Chaco. Con él se designa a naciones lingüísticamente afines como mogosnas, y natijas, vilos y tocagües, tobas, abipones y mocobíes. A su vez, los españoles los llaman fren-tones por su costumbre de raparse la parte anterior de la cabeza. Tal como lo afirma Branislava Susnik, una de las mejores conocedoras del tema, los guaraníes no tenían interés por el Chaco, pero los guaycurúes sí apreciaban las ventajas que ofrecían las aldeas guaraníes. Caían sobre ellas saqueándolas periódicamente en busca de víveres y cautivos y afirmando así su predominio guerrero. Era el contacto hostil propio de pueblos de culturas diferentes, cazadores y recolectores frente a cultivadores neolíticos y sedentarios. Esa hostilidad entre guaraníes y chaquenses parece haber alcanzado uno de sus momentos más intensos antes del arribo de los españoles. Por otra parte, esos conflictos explican el papel principal que cabrá a los guaraníes como aliados de los españoles en las guerras de este período⁵.

El problema, por cierto, no se limita al Gran Chaco y sus fronteras, sino que también se manifiesta en las pampas del sur. La actitud de los pueblos tehuelches autóctonos (querandíes, chanás, puelches) sufrirá un cambio fundamental con la irrupción de los mapuches en la segunda mitad del XVII, lo que trajo después la araucanización de la pampa. Y como es sabido, ello provocó la guerra fronteriza desde Mendoza hasta Buenos Aires, en una escala desconocida para la primera época de la conquista.

Otro frente, particularmente activo desde fines del XVII será el de la Mesopotamia y la Banda Oriental, donde los charrúas se erigirán en otro problema fronterizo de consideración para las Misiones y Corrientes, y en menor medida, para Santa Fe.

De ese modo, las naciones del Chaco, La Pampa, la Mesopotamia y la Banda Oriental constituirán un triple frente ofensivo que pondrá a prueba a

⁵ BRANISLAVA SUSNIK, *Dimensiones migratorias y pautas culturales de los pueblos del Gran Chaco y de su periferia. Enfoque etnológico*, Rcia., Inst. de Historia, UNNE, 1972, p. 12. También, *Los aborígenes del Paraguay. Etnohistoria de los chaqueños y Etnohistoria de los guaraníes*, Asunción, Museo Etnográfico Andrés Barbero, 1979-1989, 2 vols.

la sociedad colonial rioplatense, al tiempo que provocará la militarización de sus fronteras y una disminución de su dominio territorial, acentuando con ello su aislamiento, su riesgo y la pobreza de sus recursos.

2. *La contracción del espacio colonial*

La situación de la sociedad colonial entró en crisis al cumplirse el primer tercio del siglo XVII. En ese momento, una serie de hechos externos e internos, provocaron un embate de tal magnitud que produjo una fuerte contracción del espacio ocupado por la sociedad colonial.

Esa contracción tuvo lugar en varios frentes, y en forma casi simultánea, aunque los sucesos que la provocaron no tuvieron conexión entre sí.

Cronológicamente, el primer conflicto, y sin duda el de mayor consecuencias, ocurrió en las Misiones de Guaraníes. Tuvo su origen en la irrupción de las malocas de los bandeirantes paulistas sobre las reducciones del Guayrá (1628-1631) y luego, sobre las del Tapé (1634-1640). Ello, como es sabido, produjo un repliegue general de las misiones desde esas áreas, arrastrando en su retroceso también a las del Iguazú⁶.

Pero además, ello obligó a la retirada de las ciudades paraguayas de Villa Rica y Ciudad Real, junto con sus pueblos de encomienda (1632). A su vez, en el norte de la misma jurisdicción, ataques semejantes provocaron el abandono de Santiago de Jerez (1632) y el repliegue y desbande parcial de las misiones del Itatín. En uno y otro caso, la frontera de aquellas marcas paraguayas retrocedió entre 500 y 600 kilómetros en dirección al núcleo de la provincia. El Paraguay quedó así reducido a la capital y a una decena de pueblos diseminados entre Asunción y la segunda Villa Rica: una ínsula poblada en medio de la vastedad de una provincia que sólo a duras penas podrá sostenerse frente a ese contraste que la sacudió en el breve lapso de un trienio⁷.

Simultáneamente al derrumbe paraguayo y misionero, se produjo en la provincia del Tucumán el alzamiento diaguita (1630-1636). En este caso los motivos no fueron externos. El conflicto ocurrió en un área insuficientemente controlada por los conquistadores, pese a las mercedes de estancias y encomiendas que allí había. La sorda rebeldía de calchaquíes y diaguitas, que ya se había experimentado antes (1561-1563) volvió a manifestarse con vigor y dio

⁶ El problema de las Misiones y los efectos de las bandeiras es bien conocido. Una visión sintética de dicho problema, en: GUILLERMO FURLONG, *Misiones y sus pueblos de guaraníes*, Buenos Aires, 1962; AURELIO PORTO, *Historia das Missoes orientais do Uruguai*, Río de Janeiro, 1934, Vol. I.

⁷ RAMÓN I. CARDOZO, *El Guayra. Historia de la antigua provincia. 1554-1676*, Buenos Aires, 1938, cap. V-VI, REGINA M. DE AQUINO FONSECA GADELHA. *As Missoes jesuíticas do Itatim*, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1980.

lugar a una sublevación generalizada de los valles que corren desde Salta a La Rioja. Las vicisitudes de esa guerra fueron muy difíciles y pusieron a prueba la resistencia de la provincia durante seis largos años ⁸.

Si bien el alzamiento fue contenido, se perdió la ciudad de San Juan Bautista de Londres, y con ella, los establecimientos rurales de la región. La contracción territorial fue aquí transitoria y de poca extensión, pero significó un cuantioso desgaste de hombres y recursos que dejó exhausta la gobernación por mucho tiempo. En cambio, la frontera tucumana sobre el Chaco sufrió embates irreparables. Santiago de Guadalcazar, fundada en 1626, fue abandonada en 1632 y Esteco, reubicada en 1609, decayó hasta su ruina definitiva en 1692 ⁹.

A su vez, la crisis vivida en el ámbito rioplatense fue también de considerable magnitud. En el Chaco austral, las poblaciones de Matará y Concepción del Bermejo tuvieron dificultades crecientes para sostenerse y frente al alzamiento generalizado de los guaycurúes en 1631, fueron abandonadas, sin que se pudiera restablecerlas. A la pérdida del control sobre el Chaco, se sumó la creciente vulnerabilidad de la frontera santafesina, que para esos mismos años comenzó a sentir los efectos de la depredación constante en sus estancias. El traslado posterior de la ciudad (1651-1661), 100 kilómetros más al sur, significó también el abandono de una considerable franja de tierras conquistadas el siglo anterior y ahora expuestas a la acometida de los indios ¹⁰.

Todos estos hechos, sumariamente referidos, ocurrieron entre 1628 y 1636. El resultado fue abrumador y se tradujo en pérdidas territoriales y urbanas, estancamiento demográfico y económico y una militarización de la frontera para sostener el edificio colonial amenazado.

De las misiones de guaraníes se perdió más del 80 % de las reducciones fundadas entre 1610 y 1634, aunque luego de la avacuación tras las costas del Uruguay y del Ipané, se pudo restablecer al menos una parte de ellos. Las ciudades y pueblos perdidos en las tres provincias, equivalen al 37 % de su patrimonio urbano al momento del conflicto.

⁸ La guerra concluyó con la derrota de los hualfines (1640-1643), pero los calchaquíes volvieron a sublevarse nuevamente (1656-1659). ANÍBAL MONTES, *El gran alzamiento diaguita (1630-1643)*, en: *Revista del Instituto de Antropología* de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional del Litoral, t. I (Rosario, 1959), p. 81-159; TERESA PIOSSEK PREBISCH, *La rebelión de Pedro Bohorquez: El Inca del Tucumán (1656-1659)*, Buenos Aires, Juárez, Ed. 1976; ADELA FERNÁNDEZ ALEXANDER DE SCHORR, *El segundo levantamiento calchaquí*, Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, 1968. Y de la misma autora Piossek Prebisch, *Relación histórica de Calchaquí (escrita por el misionero jesuita P. Hernando de Torreblanca en 1696)*, Buenos Aires, ECA, 1984.

⁹ JOSÉ TORRE REVELLO, *Esteco y Concepción del Bermejo. Dos ciudades desaparecidas*, Buenos Aires, Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas, 1943.

¹⁰ MANUEL M. CERVERA, *Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe*, Santa Fe, 1906, Vol. I, cap. V, VII-VIII.

Si se atiende a las dimensiones de los espacios perdidos, las cifras son aún más impresionantes: el retroceso de las Misiones y los pueblos paraguayos, así como el completo abandono del Chaco austral, significaron una merma del 60 % de la superficie correspondiente a los territorios controlados u ocupados por la sociedad colonial antes de 1630. Regiones enteras que ya no volvieron jamás al dominio español como el Guayrá (hoy Santa Catarina), Paraná y parte del Tapé (Río Grande do Sul), fueron perdidas en aquella oportunidad.

Pero la consecuencia mayor de este contraste, el más grave que hayan sufrido las provincias rioplatenses en la época hispánica, puede ser apreciado también en otra perspectiva: el estancamiento poblacional y económico que se sucedió. No quedaron recursos ni hubo aliento para fundar nuevas ciudades o pueblos hasta 50 ó 100 años después. Tucumán recién podrá hacerlo en 1683 con Catamarca; y las Misiones de guaraníes sólo después de 1685 emprenderán el repoblamiento parcial de Río Grande. Paraguay no tendrá fuerzas para ello hasta 1714-1717, en que se fundarán Villeta y Curuguaty, mientras que ni Buenos Aires, ni Santa Fe, ni Corrientes podrán emprender nuevas fundaciones hasta la década de 1720¹¹. Durante ese lapso tan prolongado y sin mayor relieve, no se produjo un crecimiento significativo de la población ni se fundaron pueblos nuevos, ni hubo división o creación de curatos o capillas, ni tampoco aumento de los recursos económicos. Sólo aparecieron los primeros fuertes. Ellos, pese a su relativa eficacia, constituyen el símbolo más elocuente de aquella etapa bélica, en la cual ambas sociedades se traban en enconada lucha por la supervivencia y el dominio de los territorios y bienes, a través de las fronteras interiores¹².

3. La guerra de fronteras

La guerra con las naciones fronterizas se inició en esta época. Ella trajo cambios sustanciales en la relación bélica, alternancias de violencia y paces transitorias, y requirió además, un encuadre ético y jurídico del conflicto por parte de la sociedad colonial.

Los pueblos de las llanuras, particularmente los guaycurúes y los araucanos, habían adoptado tempranamente el uso del caballo, a principios del siglo

¹¹ RAFAEL E. VELÁZQUEZ, *La fundación de la Villeta del Guarnipitán en 1714 y el poblamiento del litoral paraguayo*, Asunción, 1966; del mismo autor, *La rebelión de los indios de Arecuayá en 1660*, Asunción 1965 y *La población del Paraguay en 1682*, Asunción, CEPES, 1972; también de ERNESTO J. A. MAEDER, *Historia económica de Corrientes en el período virreinal (1776-1810)*, Buenos Aires, ANH, 1980, cap. I.

¹² Los fuertes del Pongo en Jujuy (1683), San Simón en Salta (1685); Asconchinga en Santa Fe (1704); Inquiliguala en Santiago del Estero (1690), San Carlos en San Luis (1711); el Tío en Córdoba (1727) o Arrecifes en Buenos Aires (1739), son índice elocuente de ello, aunque los ejemplos pueden multiplicarse. AMÍLCAR RAZORI, *Historia de la ciudad Argentina*, Buenos Aires, 1945, Vol. II, *passim*.

XVII. Este hecho modificó sus tácticas de guerra y amplió considerablemente su capacidad ofensiva, tornando vulnerables áreas a las que antes protegía la distancia. Montados en pelo, protegidos por guardamontes y caperuzas de cuero, armados de lanzas y puntas de hierro, se habían equiparado en poco tiempo al combatiente español salvo en el manejo de armas de fuego. Impávidos ante el peligro y las penurias de la guerra y la intemperie, los abipones y los mocobíes, los araucanos y los charrúas brindan ejemplos frecuentes de su temple guerrero, su espíritu de venganza y su ansia de botín. Este último centrado en el robo de cabalgaduras, armas o cautivos, y en la satisfacción de su ansia de prestigio y demostración de valor¹³.

Ante ellos, las ciudades carecían de protección militar profesional, salvo Buenos Aires. Los vecinos feudatarios eran los responsables de la defensa. En los cabildos abiertos y en las reseñas de milicias debían presentarse, armados y montados, con sus parientes y peones, y correr con los gastos de la entrada. Entre ellos hubo también remisos, o quienes pagaban escuderos que los representaran, pero los más supieron afrontar con valor e hidalguía la defensa de sus tierras, tal como lo exigían las responsabilidades inherentes a su preeminencia social.

El estado de guerra osciló entre períodos cruentos y paces temporarias, siempre inseguras. Las alternativas variaban, según las provincias y las naciones aborígenes. Rara vez los ataques indígenas o las entradas de represalia eran concertadas con otros pueblos o distritos. Cada ciudad operaba en su propio frente, con los medios de que disponía. No fue una guerra de masas, ni de grandes acciones campales, sino que guardó relación con las dimensiones de las bandas aborígenes y las reducidas poblaciones afectadas. Era más bien, una sucesión de asaltos y correrías sobre chacras, estancias y pueblos, seguidas por el rápido desbande de los agresores, y las persecuciones a veces infructuosas de los agredidos. Los combates, en caso de victoria colonial, concluían con la ejecución de los cabecillas o el cautiverio de los prisioneros.

Los frentes más activos fueron los del Chaco, desde donde guaycurúes y paraguáes operaban sobre paraguayos y correntinos. Otro fue el *valle calchaquí*, como se llamaba entonces al Chaco santafesino. Durante el siglo, la lucha fue más activa en ese ámbito entre 1632 y 1662, para luego de una pausa de tres décadas, recrudecer entre 1692 y 1740. En la frontera tucumana las acciones se incrementaron desde 1660 en adelante¹⁴.

¹³ LUDWIG KERSTEN, *Las tribus indígenas del Gran Chaco hasta fines del siglo XVIII. Una contribución a la etnografía histórica de Sudamérica*, Trad. Jorge V. Hauschild; adv. Eldo S. Morresi, Rcia., UNNE, 1968, p. 24-29. La primera edición alemana es de 1905.

¹⁴ PEDRO LOZANO, *Descripción corográfica del Gran Chaco Gualamba*, 2ª ed. con introd. de Radamés Altieri, Tucumán, Instituto de Antropología de la UNT, 1941. Además, MANUEL M. CERVERA, *Historia cit.*, t. I y MANUEL LIZONDO BORDA, *Historia del Tucumán (siglos XVII y XVIII)*, Tucumán, 1941.

Mientras esto ocurría en el Chaco, se dejaba sentir en la Mesopotamia el ataque de los charrúas. Estos habían incursionado antes en Santa Fe, estableciéndose con ellos un *modus vivendi* no exento de complicidades con los vecinos en el rescate de cautivos. Pero a principios del siglo XVIII la belicosidad de los charrúas se dirigió contra los pueblos misioneros de Yapeyú y La Cruz, lo que obligó a emprender campañas contra ellos entre 1701 y 1715. Sin embargo de esas derrotas, su dominio en la Banda oriental, y en Entre Ríos y Corrientes perduró hasta mediados del siglo¹⁵.

Otro tanto cabe decir de la irrupción de los pampas y serranos, y más tarde, de los araucanos en las llanuras bonaerenses, cordobesas y puntanas desde 1660, y con mayor vigor, a partir de 1714¹⁶. La erección de los fuertes en la frontera sur, el amurallamiento del pueblo misionero de La Cruz, los reductos de Santa Fe y de Salta, las alertas fluviales de Corrientes y Paraguay serán la respuesta militar para proteger los pueblos y las estancias, extinguidas ya las vacadas cimarronas que pastaban en los desiertos.

El agotamiento se dejó sentir en ambas sociedades. Los pueblos aborígenes, diezmados por epidemias, luchas intestinas, fracasos y castigos sintieron sus efectos. También los experimentó la sociedad colonial.

La resistencia tesonera y eficaz de esta última fue posible, no sólo por las limitaciones estratégicas de sus rivales, la superioridad de sus recursos y la coherencia de su política, sino también por el auxilio militar de los guaraníes. Esta ayuda permitió a las provincias rioplatenses contar siempre con contingentes numerosos y disciplinados, motivados por su rivalidad ancestral y unidos a los criollos ante el común enemigo guaycurú o charrúa. Desde 1637 hasta 1735 los guaraníes intervinieron asiduamente, 27 veces en el área del Chaco y 12 en la Banda oriental, llevando sus caballos, armas y transportes, en una proporción de cuatro a uno con relación a los tercios de milicias provinciales¹⁷. En otros frentes, como el salteño tucumano, la ayuda ocasional provino de los ocloyas, osas, humahuacas y alguna vez, de los chiriguano de Tarija, mientras que en la frontera sur la defensa se apoyó sólo en las poblaciones criollas y en las fuerzas de blandengues.

¹⁵ EDUARDO F. ACOSTA Y LARA, *La guerra de los charrúas en la Banda Oriental (período hispánico)*, Montevideo, 1961, e ITALA IRENE BASILE BECKER, *El indio y la colonización. Charrúas y minuanes*, Sao Leopoldo, Instituto Anchieta de Pesquisas, 1983. También P. JUAN SALLABERRY SJ, *Los charrúas y Santa Fe*, Montevideo, 1926.

¹⁶ Sobre los araucanos, RICARDO E. LATCHMAN, *Los indios de la cordillera y la pampa en el siglo XVI*. En: Revista Chilena de Historia y Geografía N° 66-69; ROBERTO H. MARFANY, *Frontera con los indios en el sud y fundación de pueblos*, en: Historia de la Nación Argentina, Vol. IV, 1ª parte, Buenos Aires, 1940, p. 307-320. En Instituto Nacional de Antropología, *Cultura mapuche en la Argentina*, Buenos Aires, 1982, p. 11-24.

¹⁷ Informe del P. Bernardo Nussdorffer, del 2-XII-1735, publicado en Manuscritos da Coleção De Angelis, Vol. V, *Tratado de Madrid. Antecedentes Colonia do Sacramento (1669-1749)*. Intr. de Jaime Cortezão, Río de Janeiro, BNRJ, 1954, p. 304-324.

Esa guerra fue dura y bárbara, y en ella el prestigio de los jefes y su energía, jugaron un papel principal en el liderazgo de las fuerzas ante el temor que inspiraba el adversario.

En esos momentos, caudillos como Luis Arias de Saavedra o Francisco de Vera Mujica en Santa Fe; Manuel Cabral de Alpoim o Lázaro de Almirón en Corrientes; Pedro de Orrego o Lázaro Vallejo Villasante en Asunción; Juan Díez de Andino o Porcel de Pinedo en el Tucumán fueron paradigmas de la resistencia de las ciudades rioplatenses. Líderes que tuvieron también sus condignos adversarios en los caciques *Chelimín* del Calchaquí; *Francisco* de los Tocagües; *Nativari* de Mocobíes; *Oaherkaikin* de abipones; *Naiguavé* de los charrúas o *Cangapol* de los pampas¹⁸.

4. Encuadre ético y jurídico de la guerra

A pesar de las condiciones en que se desarrolló la guerra de fronteras, se buscó siempre encuadrarla en normas legales. El tema de la guerra mereció en esta época una atención particular, ya que lejos de dejarla librada a la discrecionalidad de gobernadores y caudillos de malocas, la corona procuró que se apelara a ella sólo cuando hubiera razones suficientes y una causa justa previamente declarada.

Esta doctrina, que tenía antecedentes en América que se remontaban al requerimiento de 1513 y las ordenanzas de población de 1573, consistía en aceptar como legítima la guerra defensiva, cuando se limitaba al rechazo y el castigo de los agresores. Pero para los casos en que la potencia del enemigo y la entidad de los agravios exigieran otra respuesta, cabía plantear la guerra ofensiva. Para ello, y conforme a la doctrina de los escolásticos y la legislación indiana, se hacía necesario declarar, en cada caso de modo formal y con previo dictamen de doctores y teólogos, la justa causa que existía para hacer la guerra a "fuego y sangre", como rezaba la cláusula invocada. Así había ocurrido cuando se autorizó la guerra contra los chiriguano en el Perú (1574-1584), o contra los araucanos de Chile (1599-1608).

Este temperamento y trámites semejantes se aplicaron también en el ámbito rioplatense, y precisamente, en la guerra de fronteras. Ello ocurrió por primera vez en 1613, por iniciativa del cabildo de Asunción. Asediados por los guaycurúes y payaguaes, y persuadidos que las ordenanzas dictadas por Alfaro en 1611 impedían llevar a cabo entradas de castigo, los vecinos plantearon

¹⁸ Los caudillos citados, en las crónicas y actas capitulares de sus ciudades. Los caciques en BERNARDO ALEMÁN, *Caciques indígenas de la época colonial santafesina*, en Revista de la Junta Provincial de Estudios Históricos, N° XLVIII (Santa Fe, 1976), p. 67-95; ITALIA I. BASILE BECKER, *El indio cit.*, p. 168-180. THOMAS FALKNER, *Descripción de la Patagonia...* Trad. y notas de Samuel Lafone Quevedo y est. preliminar de Salvador Canals Frau, Buenos Aires, Hachette, 1957, p. 131-132.

ante el Cabildo la necesidad de examinar el caso a la luz de la doctrina tradicional. Para ello se sometió la cuestión al dictamen de los jesuitas del Colegio de Asunción, y posteriormente se consultó al cabildo eclesiástico. El parecer así elaborado, con acopio de citas teológicas y jurídicas, apuntó a señalar que una guerra concebida con fines defensivos como aquella era legítima y justa, y que las ordenanzas no se oponían a que los agresores fueran perseguidos en su territorio y castigados. Un segundo aspecto del dictamen aseguraba que en ese caso, era conforme a derecho la servidumbre de los prisioneros como compensación a los soldados intervinientes en la guerra y como garantía de la seguridad de la provincia.

Estas opiniones, acompañadas del pedido formal del cabildo para actuar militarmente, fue elevada al Consejo de Indias. En ese dictamen se basó la R. C. del 16-IV-1618, que autorizaba la guerra contra los guaycurúes y payaguas, el reparto de los prisioneros y la prohibición de enajenarlos¹⁹. Esa política se aplicó con toda energía y los indios apresados en las entradas de castigo que siguieron a la publicación de la R. C. se incorporaron como yanacunas de los vecinos de Asunción y de Concepción del Bermejo, y más tarde a los de Corrientes, Santa Fe o las ciudades del Tucumán²⁰.

Estos mismos problemas, así como los renovados escrúpulos de la corona dieron lugar a que, años más tarde, se volvieran a examinar en el Tucumán, las razones que existían para la prosecución de la guerra en el Chaco occidental, así como la consideración de alternativas misionales. En 1678 la corona pidió opiniones fundadas a los gobernadores y obispos de estas provincias, y más tarde, ordenó al virrey duque de la Palata, que sometiera todos esos documentos a una consulta de teólogos y juristas. Los dictámenes elaborados en Lima en 1682 sobre la guerra de fronteras en el gran Chaco coincidieron en señalar la necesidad y justicia de la guerra, y trasuntan un generalizado escepticismo acerca de la oportunidad y eficacia de empresas misionales en aquella región. El trágico fin de la misión encabezada por el cura de Humahuaca, Pedro Ortiz de Zárate en 1683, pareció corroborar el realismo de aquellos dictámenes²¹.

El apego a la ley, y la vigencia de aquella doctrina escolástica, tuvo todavía otras manifestaciones en la frontera de los charrúas. Cuando éstos comenzaron a multiplicar sus ataques y saqueos contra las estancias y los pueblos de Yapeyú y La Cruz, el provincial de los jesuitas ordenó en 1701

¹⁹ La RC en Nación Argentina, *Epoca colonial. Reales cédulas y provisiones, 1517-1662*, Buenos Aires, 1911, t. III, p. 113-114 y nuestro trabajo *La guerra justa en el Chaco (1613-1618)*, en Actas y estudios del VIIIº Congreso Internacional de historia del derecho indiano (Buenos Aires, 1983), Vol. II (en prensa).

²⁰ ERNESTO J. A. MAEDER, *Una entrada al Chaco santafesino en 1656*. En Revista de la Junta provincial de estudios históricos de Santa Fe, Nº LVI (Santa Fe, 1986), p. 139-154.

²¹ *Una consulta sobre la licitud de la guerra con los indios del Chaco*, en Res Gestae (en prensa).

levantar una información a los curas de los pueblos del Uruguay y Paraná. De los dictámenes recogidos en la oportunidad, surgieron argumentos bastantes para que los gobernadores bonaerenses se sintieran legalmente cubiertos para expedicionar sobre los charrúas y sus aliados, como efectivamente lo hicieron en 1702, 1708 y 1715²².

De ese modo, la sociedad colonial colocó en el marco jurídico correspondiente lo que entendió era la defensa de su territorio, y la seguridad de sus pobladores. Sin embargo, en algunos casos, las represalias sobrepasaron la letra de las leyes y los principios vigentes, como ocurriera en Asunción, cuando la emboscada a los payaguáes promovida por Felipe Rexe Corvalán en 1678, o la violación de la promesa de no tomar prisioneros cometida en el Chaco tucumano en 1673, por el gobernador Angel de Peredo²³.

Al margen de los excesos de toda guerra, siempre cruel y brutal en sus manifestaciones, las doctrinas invocadas, la legislación y los dictámenes elaborados en distintas oportunidades frente al peligro de los agresores, buscaron encauzar su trámite y brindar normas adecuadas para el castigo de las tribus marginales en rebeldía.

5. *El fracaso inicial de las misiones y las paces pactadas*

El carácter permanente que había tomado la guerra y la legitimación oficial de la misma, inducen a creer que la única actitud frente a esa sociedad aborigen fue la defensa o la represalia. Sin embargo, no fue así. En varias oportunidades, y en cada uno de los frentes, se intentaron acuerdos en busca de la paz y el establecimiento de misiones.

Este camino auspiciado por la corona, abierto por los religiosos y apoyado casi siempre por los gobernantes locales tuvo resultados promisorios entre los guaraníes, tanto bajo la inspiración franciscana como bajo la tutela jesuítica. Prosperó más tarde entre los mojos (1682-1700) y los chiquitos (1691-1706), pero fracasó entre los chiriguanos y los pueblos del Chaco austral, el litoral, la Banda oriental, la Pampa y la Patagonia.

No es que haya faltado valor, talento o perseverancia a los misioneros. En esa época, entre 1615 y 1750 se establecieron más de una veintena de

²² FRANCISCO BAUZA, *Historia de la dominación española en el Uruguay*, Montevideo, 1965, Vol. II, p. 224-241 y 245-251. También documentación extraída de la Colección De Angelis, en la BNRJ, I, 29.348/49 y 69-75, y del Archivo General de la Nación. Compañía de Jesús (1676-1702) y (1703-1722).

²³ ROBERTO QUEVEDO, *Paraguay, Años 1671-1681*, Asunción, 1984, p. 51-52; fray GABRIEL TOMASINI, *La civilización cristiana del Chaco*, Buenos Aires, 1937, t. II, p. 26-39 y PABLO PASTELLS, *Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay*, etc., Madrid, 1918, t. III, p. 71-77 y 144-149.

reducciones para los pampas y serranos, chanés, mocoretás y calchines, ohomas y puelches. De todas ellas subsistieron las menos: aquellas que agrupaban indígenas con aptitud agrícola y hábitos sedentarios, como ocurrió con Itatí, Santa Lucía y Santo Domingo Soriano. Las restantes fueron efímeras²⁴.

La vida nómada y las pautas culturales de los cazadores de las llanuras o del monte constituyeron un obstáculo casi insalvable para la formación de reducciones estables pues, como decía en 1644 el P. Lupercio de Zurbano, provincial de los jesuitas, "el ser labradores es gran medio para plantar en ellos la fe, como impedimento grande el no serlo"²⁵. Ni qué decir de los pueblos de encomienda donde la labor misional era sólo un complemento del servicio personal que prestaban los indios a sus encomenderos. Generalmente, dichos pueblos estuvieron ligados a la suerte que corrieron las ciudades coloniales. Los pueblos de Maracayú en el Guayrá, los de Guacará y Matará en el Bermejo, o los de Santiago Sánchez y Candelaria de Ohoma en Corrientes, constituyen un ejemplo de la fragilidad de esos asentamientos en las fronteras²⁶.

Las misiones en las áreas marginales tuvieron casi siempre un sentido exploratorio, de tanteo en zonas poco conocidas e inseguras. Algunos misioneros como Alonso de Barzana, Nicolás Mascardi, Matías Strobel o Pedro Romero, constituyen prototipos de esa labor, en la que tropezaron con muchas dificultades. Entre ellas, el nomadismo, la invencible desconfianza, el mosaico lingüístico y también, la escasez de personal religioso que pudiera atender con eficacia y continuidad ese vasto horizonte étnico y geográfico. Incluso un hombre excepcionalmente dotado como Barzana, tanto por su capacidad lingüística como por el celo y afecto para con los indios, confiesa en su correspondencia los obstáculos que observaba y que dificultaban la evangelización de aquellos pueblos²⁷.

De hecho, los intentos que se llevaron a cabo fracasaron, y a lo largo del siglo sólo se renovaron esporádicamente. Como heroico fruto de esas

²⁴ Estas misiones, entre otras, fueron en Buenos Aires, las de Areco, Magdalena y Baradero (1610-1616); la de Quilmes (1666-1740) y más tarde las de Concepción, Nuestra Señora del Pilar y Desamparados (1740-1753). En Santa Fe, las de Chanés, Mocoretás y Calchines (1616-1621). En Corrientes, las de Itatí, Santa Lucía de Astos (1615-1617), en la costa chaqueña, las de San Francisco (1615) y Santa María de los Reyes (1609-1626). En la Banda Oriental, Santo Domingo Soriano, San Francisco y San Antonio de Charrúas y chanaes (1624-1708).

²⁵ Carta anual de la provincia jesuítica del Paraguay (1641-1643), Córdoba 12-X-1644. Copia en Colegio Máximo de San Miguel (Buenos Aires).

²⁶ RAMÓN I. CARDOZO, *El Guayra cit.*; JOSÉ TORRE REVELLO, *Esteco cit.*; y RAÚL DE LABOUGLE, *La reducción franciscana de la Candelaria de Ohoma*, en Rev. de la Junta de Historia de Corrientes N° 3 (Corrientes, 1968), 7-12.

²⁷ GUILLERMO FURLONG SJ, *Alonso de Barzana y su carta a Juan Sebastián (1594)*, Buenos Aires, Theoria, 1968.

misiones quedaba el catálogo, siempre en aumento, de los mártires de la fe, como ocurrió en estas áreas con los padres fray Juan Lozano OM (1628), Gaspar Osorio SJ, Antonio Ripario SJ y Sebastián Alarcón (1639); Nicolás Mascardi SJ (1674); Pedro Ortiz de Zárate, Juan Salinas SJ y Diego Ruiz SJ (1683); Felipe de Laguna SJ (1707); Francisco Elguea (1717), Julián Lizardi SJ (1735); Agustín Castañares SJ (1744) o Pedro Romero SJ (1745)²⁸. En estas regiones, los mártires, al menos en lo inmediato, no parecían alentar esperanzas de nuevas conversiones como había acontecido entre los guaraníes, sino pérdidas constantes de sacerdotes, desaliento en los religiosos, y encono en los gobernantes, ante estas voluntades sordas al llamado de la evangelización.

Resultado similar alcanzaron las paces pactadas. Hay testimonios de algunas, como la convenida en 1619 por el P. Juan de Argüelles con ocho pueblos del Bermejo, o la establecida por Alonso de Mercado y Villacorta con los caciques de vilos y tocagües en 1662 en Santa Fe. Un pacto como éste, que fue bastante liberal, incluía el indulto de los agravios pasados y la restitución de prisioneros; acordaba la ubicación de los indios en la costa entrerriana para formar pueblo, y los declaraba libres de encomienda, con prestación de servicios sólo voluntaria, obediencia a las autoridades reales, pago del tributo y aceptación de la catequesis. Los reclamos por incumplimiento se atenderían por los gobernantes bonaerenses y sus tenientes de Santa Fe. Pese a ello, el éxito de estas capitulaciones no parece haber sido muy duradero. También se intentó atraer a los charrúas y a los gualachos a la proximidad de las Misiones. Pero la fragmentación de las bandas aborígenes, la falta de jefes obedecidos universalmente, así como las desconfianzas y los agravios mutuos hicieron imposible hallar bases equitativas para esos acuerdos²⁹.

Fin de una época y nuevas perspectivas

Durante la segunda mitad del siglo XVIII el oscuro panorama ofrecido por las luchas fronterizas y el repliegue de la sociedad colonial comenzó a modificarse. Ese cambio se produjo gradualmente, con variantes de lugar y de circunstancias, y concluyó por imponerse en todas las fronteras.

Repuestas las energías, consolidadas sus poblaciones, las provincias verán por primera vez en mucho tiempo aumentar su población y crecer su produc-

²⁸ GUILLERMO FURLONG SJ, *Los jesuitas y la cultura rioplatense*, 2ª ed. correg. y aum., Buenos Aires, Huarpes, 1946, cap. XXI; y HUGO STORNI SJ, *Catálogo de los jesuitas de la provincia del Paraguay (Cuenca del Plata) 1585-1768*, Roma, IHSI, 1980; MICUEL A. VERCARA, *Pedro Ortiz de Zárate. Jujuy tierra de mártires (siglo XVII)*, Rosario, 1966, p. 58.

²⁹ JOSÉ TORRE REVELLO, *Esteco cit.*, apéndice, p. XXXI; MANUEL M. CERVERA, *Poblaciones y curatos. Estudio histórico*, Santa Fe, Castellví, 1939, p. 351-353.

ción y su comercio. Con ello irán recuperando su capacidad e iniciativa para emprender acciones nuevas de mayor alcance, que las lleven incluso a ensanchar su apretado territorio.

En el plano militar será inicialmente en el Tucumán, y más tarde en Buenos Aires y Paraguay donde se darán estos primeros pasos, no ya de defensa y represalia, sino de ofensiva, en busca de mayor seguridad para la frontera y de apaciguamiento de las tribus más belicosas.

Le corresponderá al gobernador Esteban de Urizar el planeamiento y la ejecución de la empresa de más largo aliento en ese sentido. Ello fue así no sólo por haber incluido más recursos y fuerzas que los habituales, sino porque supuso una acción concertada con las restantes provincias de Tarija, Buenos Aires y Paraguay, y porque además, combinó hábilmente la energía militar con las promesas de paz. La empresa tuvo éxito en el ámbito tucumano salteño y desigual eficacia en el litoral. Pero al retirarse en 1712 el gobernador, pudo dejar establecida en la frontera occidental del Chaco la reducción de San Esteban, de indios isistines y toquistines, la primera que arraigaba allí en muchos años.

Otro tanto ocurrió en la frontera de Santa Fe, merced a la tenacidad del teniente Francisco Antonio de Vera Mujica, quien algunas décadas más tarde, logró también imponer a los mocobíes y abipones su firmeza y acordar con ellos una política de paz basada en la instalación de reducciones y apoyo económico para su subsistencia³⁰.

Este segundo paso, que consistía en una verdadera política reduccional o misionera, sólo fue posible cuando a la actitud de los gobernadores locales se sumó la cooperación institucional de los jesuitas. Instalados ya definitivamente y en pleno desarrollo, las misiones de Guaraníes y de Chiquitos, el provincial del Paraguay pudo disponer de mayor personal para dedicarlo a estas nuevas empresas en regiones marginales todavía no atendidas pastoralmente.

Requeridos por la R. C. del 10-II-1716, la orden aceptó encargarse de las misiones en la frontera tucumana y desde 1735, de las fundadas en Santa Fe y Buenos Aires³¹. Esta acción permitirá que en pocos años se tienda un cordón de una docena de pueblos, donde se procuró asentar y pacificar a

³⁰ Las vicisitudes de la expedición del gobernador Esteban de Urizar en GABRIEL TOMMASINI, *La civilización cristiana del Chaco*, Buenos Aires, 1937, 2ª parte, p. 85-123 y CAYETANO BRUNO, *Historia de la Iglesia en Argentina*, Buenos Aires, Ed. Don Bosco, 1969, t. IV, p. 379-388.

³¹ La RC del 10-II-1716, decía: "ha resuelto SM que estas misiones [itatines, toquistines, oristines, lules] se pongan al cuidado de los religiosos de la Compañía de Jesús de aquella provincia... y que los procuradores de dicha Provincia destinen los sujetos necesarios para procurar por todos los medios que hallaren más convenientes, los que han de

las naciones hostiles de la frontera. Las fundaciones realizadas en La Pampa bonaerense (1740-1753), aunque no perduraron, marcan un esfuerzo similar al promovido en el norte. Todo ello permitió multiplicar los contactos entre ambas sociedades, renovar y ampliar el conocimiento de sus lenguas y sus culturas, y abrigar la esperanza de una paz más duradera. Es en los albores de esta nueva época, cuando se realizan exploraciones en el Pilcomayo y en la costa bonaerense y patagónica, cuando Antonio Machoni escribe su *Arte y vocabulario de la lengua lule y tonocoté* (1732), y cuando Pedro Lozano publica su *Descripción corográfica del Gran Chaco Gualamba* (1733) crónica concebida como una llamada entusiasta a los jesuitas europeos para sumarse a esta empresa evangelizadora, que prometía nuevas glorias para la Iglesia y la corona ³².

La confianza había renacido y la situación de las fronteras interiores parecía entrar en otra etapa más pródiga en realizaciones y en concordia. La sociedad colonial, recobrada la iniciativa y estimulada por su crecimiento, se aprestaba a intervenir, mientras las naciones aborígenes parecían emprender la retirada. Pero, ¿realmente fue así? ¿Cambió acaso el panorama de la frontera con el nuevo balance de fuerzas y las animosas misiones emprendidas por los jesuitas?

Durante un tiempo, ciertamente se atenuaron los efectos de la presión aborígena. Ello es manifiesto frente a los charrúas y en el occidente del Chaco. Pero las dificultades, que no faltaron, y las enormes dimensiones de la frontera, se encargarían de demostrar que el problema era más complejo de lo que se prometían gobernadores y misioneros y que tras una pausa, la guerra de fronteras había de continuar durante mucho tiempo más que el esperado, aunque ahora sin poner en peligro la existencia de la sociedad colonial, tal como había acontecido en el siglo anterior.

Ese riesgo quedaba definitivamente atrás, después de la lucha secular y de un esfuerzo tesonero. Las condiciones habían cambiado y ahora otra época se abría, más promisoría para el Río de la Plata. En ella, la guerra fronteriza, sin perder su vigencia, pasaría a ser sólo un problema molesto, pero secundario.

La sociedad colonial estaba afirmada definitivamente, y la suerte de los pueblos marginales sellada y sin futuro. Era el destino de la historia. Aquí, como en otros ámbitos y en otras épocas, los pueblos chocaron entre sí, se

proponer al Consejo de Indias". PEDRO LOZANO, *Descripción corográfica del Gran Chaco Gualamba*, etc., 2ª ed., Tucumán, Inst. de Antropología de la UNT, 1941, p. 386-387.

³² La expedición del P. Patiño al Pilcomayo ocurrió en 1721 y la de los PP. Chomé y Castañares en 1741.

Las misiones de pampas y serranos, en: CAYETANO BRUNO, *Historia de la Iglesia en Argentina*, Buenos Aires, Ed. Don Bosco, 1969, t. V, p. 57-81.

confundieron, se mezclaron, se adaptaron, intercambiando sus bienes y se modificaron o enriquecieron culturalmente. Pero si se marginaban, quedaban atrapados en un círculo del que no podían escapar. Este fue el destino trágico y conmovedor de aquellas naciones belicosas que cercaron al mundo colonial que nacía. Frente a ellas se irguió una sociedad nueva, que no era totalmente europea ni tampoco indígena, en cuyo crisol se fueron definiendo caracteres y valores que dieron origen a la Argentina. Una y otra fueron parte de nuestro pasado. Y esta época de crisis, larga, dura y trabajada, sirvió para gestarla y definirla.

